Encuentro con la diáspora sefardí

Fernando Vara de Rey

1. A MODO DE PRESENTACIÓN

Si ejercer como director de uno de los centros que pueblan la red del Instituto Cervantes supone un inmenso honor, poder compartir experiencia y conocimientos en otras localizaciones de dicha red supone una dadivosa alegría. La invitación de mi colega en Tokio, Víctor Ugarte, a participar en las jornadas de Hispanismo celebradas en octubre de 2018, supuso una gratificante oportunidad de dar a conocer mis pasos en los caminos de la cultura sefardí y mi vínculo con la huella judía de Polonia desde mi flamante destino cracoviano.

No soy judío si bien abrigo desde joven una simpatía natural hacia la laboriosidad y el ingenio hacia este casi seis veces milenario pueblo. Quiso el azar que tal simpatía se convirtiera en oficio y más allá en entusiasmo en mi incorporación a la recién fundada Casa Sefarad-Israel en el año 2007: se trataba de un denodado esfuerzo de la administración por alimentar la órbita de la Red de Casas con una institución ungida del propósito de establecer puentes entre España y la cultura judía.

Casi once años he tenido la dicha de pertenecer a tal institución, roturando los campos de la cultura, la comunicación, las relaciones institucionales. De entre los múltiples asombros que me ha deparado semejante vivencia, quizás haya de destacar la revelación del mundo sefardí cuyas principales comunidades fui conociendo en sucesivos viajes. Su nostalgia superpuesta a la dirigida a la ancestral Jerusalén, el reguero de hábitos y de tradiciones prodigiosamente conservados, el amor incondicional a la patria extraviada, despiertan en mi conciencia una recóndita emoción.

«Encuentro con la diáspora sefardí» es el título que adopta esta exposición, y es por tanto Sefarad la piedra angular de mi discurso. No obstante el horizonte del hoy llamado Centro Sefarad-Israel abarca un horizonte más amplio así que son muchas las expresiones ligadas al mundo judío a las que he tenido ocasión de aproximarme. Es más que razonable que mi trayectoria haya sido determinante a la hora de que el primer destino que me asignara la alta dirección del Instituto Cervantes fuera Cracovia, cuya huella judía es asimismo profunda.

Polonia, como España, fue enclave durante siglos de comunidades judías hasta que el rigor de la Historia bajo diferentes épocas y circunstancias produjo una severa interrupción.

Semejante es además el impulso paralelo de recuperar en una y otra latitud la memoria de la presencia de la cultura judía. Pero la secuencia se invierte. En España fue produciéndose durante el siglo XX un tímido regreso de los judíos diaspóricos que germinó en la refundación de diversas comunidades, y posteriormente se percibe un esfuerzo público en pro de la conciencia colectiva de un pasado judío: de ahí el nacimiento de Casa Sefarad-Israel y Red de Juderías, o el empeño de Embajadas e Instituto Cervantes. En Polonia sin embargo tal impulso público —apreciable en la profusión de festivales de música *klezmer* u otros, en la rehabilitación arquitectónica de las juderías— precede a una recuperación de la vida comunitaria judía: tan hondos, tan recientes, tan lacerantes, son los estragos de la garra totalitarista. Polonia como lugar de memoria, Polonia como herida palpitante de Europa.

2. ESPAÑA, SEFARAD

Valga un somero recorrido por la presencia judía en España para certificar su influencia y su legado.

Más allá de leyendas como las que mencionan la existencia de relaciones comerciales entre Tartessos y los israelitas que habitaban en la Península ibérica, las fuentes históricas certifican que la destrucción del segundo templo ocasiona un vibrante fenómeno diaspórico y entre sus rutas despunta el camino a la llamada «Sefarad». La llegada de los judíos va poblando el territorio de comunidades, que van decorándose con espacios sagrados como la sinagoga o la *mikvé* (dedicada al baño ritual).

Las comunidades judías vivieron su mejor edad en los siglos X, XI, XII: los nuevos reinos cristianos necesitan repoblar los territorios devastados por las guerras de Reconquista y era conocido que los judíos aportaban experiencia en la administración y el comercio. Los judíos eran súbditos del Rey y se encontraban bajo su protección.

Se trata de un tiempo fecundo en la forja de astrónomos, cabalistas, historiadores, matemáticos, médicos. Emergen figuras en muy diversos campos como Maimónides, Abraham Abulafia, Nahmánides, Avigdor, Salomon Ibn Gabirol, Ben Ezra, Yehuda Halevy, Moisés de León, Benjamín de Tudela. No podemos limitarnos a su catalogación como pensadores judíos, su

aportación y su influencia son determinantes en la forja del pensamiento occidental.

Desdichadamente la convivencia entre culturas no fue siempre ejemplar, y los siglos XIII y XIV sufrieron episodios de antijudaísmo desde leyes que proscribían el Talmud hasta matanzas como las acaecidas en Pamplona y Estella.

Son hechos dramáticos que preludian la promulgación del Edicto de Granada que en 1492 obligaba a la población judía a optar entre la conversión o exilio. Sin duda los motivos religiosos pesaron, pero no puede obviarse la intención política de una medida que buscaba reforzar la identidad católica resultante de maridar los reinos de Castilla y Aragón. Tal refuerzo debilitó sin embargo otros flancos de básica importancia principalmente ligados al capital intelectual, amén de la infausta acción que supone la condena disyuntiva entre el exilio o el repudio de las propias creencias. El vínculo afectivo entre los judíos y los territorios hispánicos relumbra ante la reflexión de que la expulsión se produjo en muchos otros reinos europeos pero solo Sefarad desencadenó una nostalgia tan honda y tan duradera.

A partir de entonces se produjo un amor jamás correspondido. Los sefardíes siguieron alimentando durante generaciones sus señas de identidad hispánicas, en tanto que España fue diluyendo en olvido la estampa de sus judíos.

Un silencio morosamente quebrado en dos distantes geografías. Por una parte en la Guerra de África, en la que las tropas de General O'donnell que atravesaban Tetuán escuchaban estupefactos los vítores de quienes vestidos a la morisca alababan al Rey y a España. Y en un barco del Danubio, el senador y médico Ángel Pulido se estremecía con el español de acento remoto con que unos hombres de negocios de Constantinopla conversaban entre ellos. De este segundo y también fortuito encuentro nació la fascinación del senador Pulido por los que denominó «españoles sin patria». El volumen que publicó bajo este título sirvió para dar a conocer el avatar de los sefardíes, y para crear una opinión pública favorable que entre otros efectos engendró el Decreto de Nacionalidad de 1924, en pleno régimen de Miguel Primo de Rivera.

Durante la segunda dictadura del siglo XX, la del general Franco, los judíos vivieron en cierto anonimato aunque sin dificultad para instalarse en España. Movidos en algunos casos por circunstancias socio-políticas, los descendientes de los expulsados regresaban a Sefarad: es el caso por ejemplo de los sefardíes del norte de Marruecos, que a consecuencia de la independencia de dicho país optaron en gran número para migrar a España constituyendo aún hoy la porción más numerosa de las comunidades.

Tras la restauración democrática, el aparato del estado desarrolló una visión más integradora hacia el mundo judío, cuya expresión más reconocible es el Acuerdo entre Estado y Federación de Comunidades Judías. La visita del Rey Juan Carlos I a la Sinagoga Beit Yaacov de Madrid en el marco de los 500 años desde la Expulsión cerraba un círculo al amor de su invocada frase «Los judeo-españoles no deben sentirse como en casa sino que están en su propia casa».

3. MI RECORRIDO POR LA DIÁSPORA SEFARDÍ

A la hora de la constitución de Casa Sefarad-Israel, dos pilares estratégicas de su actuación parecían bien cimentados: por una parte la amistad con las comunidades judías españolas, por otra la difusión de los valores y logros del Estado de Israel. Percibíamos sin embargo un tercer soporte alrededor del cual los datos se antojaban menos concretos: la diáspora sefardí.

Se decidió entonces llevar a cabo una serie de viajes de campo que permitieran conocer de primera mano la identidad, las actitudes, las necesidades, de las principales comunidades sefardíes en la diáspora. Un primer elenco de entrevistas en Grecia y Balcanes fue el comienzo de un viaje fascinante en distintas etapas hacia las entrañas de un mundo ungido de generosidad y de melancolía.

El conocimiento directo de las comunidades descubre al tiempo la fuerza de la tradición y los riesgos de su finitud, el anhelo de divulgación y los obstáculos que cimenta la sociedad y la historia.

Sea como sea conmueve escuchar las lenguas judeo-españolas —el *judezmo*, la *haketía*—, con sus acentos inmunes al tiempo. Asimismo cautiva conocer las vicisitudes de cada cual —su entorno, su dimensión, sus apoyos públicos— y estremece el hallazgo de un rasgo común en sentimiento de pertenencia a España.

Mi periplo por el mundo sefardí es tan dilatado como repleto de emociones, desde un día ya lejano en el que una mujer de Salónica me indicó «Déxame tu manto» abriéndome así una puerta hacia una órbita aventada de la tradición judía y del recuerdo perpetuo de Sefarad.

En mi pecho anida la protesta coral de los sefardíes de El Cairo porque me dirigí a ellos en la lengua de Hobbes y no en la de Maimónides, la rivalidad sin paliativos entre las ciudades de Tánger y de Tetuán, la lengua confitada —«enflacar», «mansebico», «meldar»— en que conversan las

«damas del ladino» en Sofía, los ancianos que con una flor en una mano y la otra en el corazón me decían «Acodraos de nos, somos los españolicos de Plovdiv».

En América encontré a los hijos de una doble diáspora, en comunidades singularmente diversas. Los judíos cariocas con su memoria de Marruecos y de Turquía, los argentinos con su fiebre borgiana por la literatura, los mexicanos con sus templos espléndidos y sus costumbres del medio oriente, los caraqueños atónitos pero robustos ante la vehemencia de sus circunstancias.

Y en tantos lugares la sombra estrafalaria de la Shoá, su dolor de ultratumba, sus estragos de tierra quemada. En Sarajevo y en Niza dos supervivientes nos solicitaron la nacionalidad a fin de morir como españoles, en Rodas un hombre nos contaba como escapó azuzando la gula de los alemanes, en Skopje una joven relataba como sus abuelos fueron los únicos judíos vivos de una población condenada al infierno raudo de Treblinka, en Belgrado un rabino me rogaba que leyera en voz alta sus libros en el ahogo de que mis ojos fueran los últimos que comprendieran los textos en español. Cuánta ira, cuánta ruina, cuánto dolor.

Estambul, Esmirna, permanecen cómo el refugio de lo que Europa podría haber sido sin la zarpa del holocausto. Las comunidades son numerosas y están dotadas de templos, de museos, de escuelas. Sin embargo los riesgos pululan de la mano del tiempo de la globalización. Los jóvenes ansían un pasaporte español pero más por su condición europea que por su elemento de justicia familiar, y se interesan por el idioma español pero en su forma contemporánea y no en el que se expresaban sus mayores.

¿Qué desafíos encierra tal situación? Fue precisamente en Estambul donde me entrevisté con unas sefardíes cercanas a la veintena: todas ella revelaron su desconocimiento del *judezmo* aunque una de ellas explicó que su abuelo le llama «Shiquitica». En fin, mientras los abuelos sigan hablando con sus palabras de entonces a sus nietos las lenguas están vivas, y mi consideración es que la administración española ha de trabajar denodadamente en ello, en que los sefardíes dejen de ser «españoles sin patria».

Lo cierto es que el esfuerzo común es notable, en aras de que la sociedad española conozca el valor cultural y sentimental del mundo sefardí y que las comunidades diaspóricas aprecien el esfuerzo venido de España, de Sefarad. Sedes del Instituto Cervantes, Embajadas, Centro Sefarad-Israel, Red de Juderías, Ayuntamientos, han de perseverar en un empeño que va dando algunos frutos suculentos. Es el caso de la Ley de Nacionalidad de 2015 que pese a algunas flaquezas mejora su ya referida predecesora, la plataforma Erensya que conduce Centro Sefarad-Israel y establece un en-

cuentro bianual de las comunidades sefardíes del mundo, o los avances en una academia de las lenguas judeo-españolas que brota del diálogo entre la Autoridad Nasionala del Ladino y la Real Academia Española de la Lengua. Resultan, verdaderamente, líneas interesantes a seguir.

4. JUDÍOS EN ASIA

Si bien mis pasos no me han conducido aún —en clave sefardí— al continente asiático, es razonable que una intervención de esta naturaleza se detenga en algunos países de esta latitud en los que la cultura judía esté presente.

Es el caso de la India, morada durante siglos de una distinguida comunidad judía en Kochi (Cochín), estado de Kerala. Una primera fracción de colonos judíos llegaría tras la destrucción del segundo templo Cranganore, y posteriormente hacia Kochi. A ellos se sumarían siglos después diversos grupos de sefardíes que podrían llegar desde España atravesando Irak y Yemen. Esos nuevos inmigrantes llamados «Paradesis» (extranjeros) construyeron su propia sinagoga en 1568 y gozaron de la protección del Maharajá.

La independencia de India (1947) coincide prácticamente con la fundación del Estado de Israel (1948), lo que produjo una fuerte corriente migratoria. En los años 80 se contaban unos 2.000 judíos en Kochi, y hoy en lugares como Jerusalén, Galilea, o Neguev, permanecen comunidades judías dotadas de una reconocible raíz india.

En cuanto a China es preciso citar Kaifeng, ciudad con una población de unos 1.000 judíos. No está claro el tiempo de su llegada, lo más razonable es que se trate de mercaderes de Persia que arribaron a través de la Ruta de la Seda. Hoy se trata de una comunidad muy asimilada, aunque observa costumbres como el Shabat y el Cashrut.

Mao Tse-Tung no incluyo a los judíos entre las 55 principales minorías nacionales, lo que sin duda contribuyó al palidecimiento de su tradición. Superado el régimen maoísta se percibe un renacer en la identidad de los judíos de Kaifung merced al contacto con judíos de Canadá y EEUU.

Citemos finalmente a Japón. Tras la II Guerra Mundial, buena parte de los judíos migraron al Estado de Israel. En la actualidad permanecen pequeñas comunidades en Tokio y Kobe. Y cada año, miles de judíos de todo el mundo visitan el memorial Chiune Sugihara ubicado en Yaotsu.

Chiune Sugihara fue un diplomático japonés que ejerció de vicecónsul del Imperio del Japón en Lituania. Durante la II Guerra Mundial socorrió a más de 6.000 judíos a los que ayudó escapar de Lituania y de Polonia mediante la expedición de visas de tránsito con destino a territorio nipón. A imagen de Ángel Sanz-Briz y otros diplomáticos españoles reconocidos como «Justos ante las Naciones», Sugihara emitía infatigablemente visados individuales y colectivos que suponían un salvoconducto hacia la libertad.

Es en definitiva una epopeya que recalca el sentido del coraje y del honor que históricamente han hecho de Japón a través de sus valores una de las naciones más preciadas del mundo. «Quien salva una vida —afirma el Talmud— salva a la humanidad entera».